

LA PRESENCIA ITALIANA EN EL CICLO SALITRERO PERUANO-CHILENO: TARAPACÁ, 1860-1900*

JULIO PINTO VALLEJOS**

LA COMUNIDAD ITALIANA Y LA PROVINCIA SALITRERA DE TARAPACÁ

POR MUCHO TIEMPO, la historia de la industria salitrera se ha visto como un caso paradigmático de penetración europea en las economías y sociedades latinoamericanas. Una de las imágenes más evocadas para definirla ha sido la de "desnacionalización": una industria iniciada y levantada por capitales peruanos y chilenos, e incluso expropiada por el Estado durante la administración peruana de Manuel Pardo (1872-1876), habría sido, después de la Guerra del Pacífico, irresponsablemente entregada a especuladores extranjeros por el gobierno chileno triunfante. El tardío intento del Presidente José Manuel Balmaceda por revertir esta situación habría desatado en su contra las iras inglesas, las que a su vez habrían movilizado a los segmentos más poderosos de la oligarquía chilena en pos de su derrocamiento. Con la derrota balmacedista tras la sangrienta Guerra Civil de 1891, los fines "imperialistas" habrían quedado consagrados. De allí en adelante, el interés extranjero habría dispuesto de esa riqueza, de la que pendían los destinos económicos de todo el país, prácticamente a voluntad. Era, en suma, la consolidación de una situación clásica de "enclave" subdesarrollado.¹

* Esta investigación ha sido auspiciada y financiada por la Fondazione Giovanni Agnelli, Turín, Italia.

** Universidad de Santiago de Chile

¹ El primero en plantear este argumento fue el empresario y político peruano Guillermo Billinghurst, quien en un escrito de 1889 titulado *Los capitales salitreros de Tarapacá* enfatizaba el aporte chileno y peruano a la constitución de la industria salitrera como una forma de denunciar el monopolio salitrero que a la sazón amenazaba configurar el empresario inglés John Thomas North. Las cifras y antecedentes entregados por Billinghurst fueron reproducidos por casi todos los autores que vinieron después, y muy destacadamente por el historiador Hernán Ramírez Necochea en su *Balmaceda y la contrarrevolución de*

Estudios más recientes han puesto en tela de juicio algunos supuestos de esta interpretación, pero no su argumento de fondo en lo que respecta a la realidad del control extranjero. En esta versión los empresarios europeos estuvieron presentes en la industria salitrera desde sus inicios, y su participación no hizo sino consolidarse al compás de las innovaciones tecnológicas y la necesidad de incorporar sumas cada vez mayores de capital. Más cercanos a los mercados consumidores de salitre, mejor integrados a las redes de transporte y comercialización, mejor dotados de recursos financieros, y con un acceso más expedito a los principales centros económicos a nivel mundial, estos agentes habrían desplazado a sus competidores peruanos y chilenos mucho antes del estallido de la Guerra del Pacífico. Así, la "europeización" del empresariado salitrero ya sería un hecho consumado a comienzos de la década de 1870, por lo que no sería correcto hablar de una "desnacionalización" posterior a la guerra. El salitre, en suma, nunca habría estado bajo pleno control nacional, ni en tiempos de la administración peruana, ni después de la ocupación chilena. Y si bien el cambio de siglo señaló una no despreciable recuperación de la inversión nacional, la europea siguió siendo mayoritaria hasta el colapso de la industria en la década de 1920.²

Lo sostenido para la industria salitrera puede proyectarse sin mayores modificaciones al conjunto de la actividad económica de las regiones donde ella se instaló. El transporte del salitre desde las plantas productoras (*oficinas*, en jerga salitrera) a los puertos de embarque, por ejemplo, dio origen a redes ferroviarias, andariveles y empresas de carretas, sin mencionar los indispensables servicios de carga y descarga, almacenaje, seguros y demás. La demanda generada por estas actividades, a su vez, aglutinó a comerciantes, profesionales, industriales y servicios diversos en pequeños poblados y grandes ciudades-puerto. En estas últimas, finalmente, se instalaron diversas entidades mercantiles y financieras destinadas a facilitar el comercio salitrero y dotar a los productores de capital operativo. En todas estas esferas, el empresariado y las comunidades europeas desempeñaron una labor verdaderamente determinante.

1891 (Santiago, edición definitiva: 1972). Esta última obra fue parcialmente cuestionada en su interpretación de la política de Balmaceda y de los orígenes de la Guerra Civil de 1891 por el historiador británico Harold Blakemore en su *British Nitrates and Chilean Politics, 1886-1896: Balmaceda and North* (Londres: 1974), pero no así en el tema de la "desnacionalización". Por su parte, la propiedad de aplicar a la industria salitrera el concepto de "enclave" ha sido debatida últimamente por Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel en *Un siglo de historia económica de Chile* (Madrid: 1982), y Manuel Fernández, "El enclave salitrero y la economía chilena, 1880-1914", *Nueva Historia*, año 1, N° 3 (Londres: 1981).

² Esta tesis ha sido desarrollada fundamentalmente por Thomas F. O'Brien en su libro *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition* (Nueva York: 1982), y está también parcialmente recogida en la tesis doctoral inédita de Juan Alfonso Bravo, "The Peruvian Expropriation of the Tarapacá Nitrate Industry, 1875-1879" (McGill University, Montreal: 1990). Para una recapitulación global del debate ver Harold Blakemore, "¿Nacionalismo frustrado? Chile y el salitre, 1870-1895", en *Dos estudios sobre salitre y política en Chile* (Santiago: 1991). La situación de la industria salitrera en las primeras décadas del siglo XX en Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la Postguerra, 1914-1921* (Santiago: 1986).

La desproporcionada presencia de inmigrantes y agentes europeos en la actividad comercial, financiera o industrial no era, por cierto, una exclusividad de las provincias salitreras. A diferencia de lo sucedido en los países de la vertiente atlántica de Sudamérica, ni Chile ni Perú conocieron una inmigración masiva de europeos, pero sí una migración selectiva, y frecuentemente transitoria, de personas vinculadas al mundo profesional o empresarial de las ciudades.³ Lo que podría ser más específico de la experiencia salitrera es que, por desarrollarse en regiones muy distantes del poder central, y que, por su carácter desértico, estaban muy poco pobladas antes de los grandes ciclos mineros del siglo XIX, las elites europeas alcanzaron allí mucha mayor influencia y visibilidad. Aunque también existían sectores dirigentes de raigambre regional, así como representantes oficiales del gobierno central, su presencia no alcanzaba a eclipsar el peso específico de las colectividades extranjeras. Por tal razón, la hegemonía de estas últimas trascendió la esfera económica para incidir también en la vida social, política y cultural.

Este fenómeno ya fue percibido con nitidez por observadores contemporáneos al auge salitrero, y en algunos casos exacerbó los temores de que aquellas regiones se convirtiesen en “factorías extranjeras”.⁴ La misma impresión ha sido recogida por quienes se han interesado posteriormente por la historia del salitre, de modo que la presencia europea ha sido un tema recurrente. En general, sin embargo, se tiende a identificar esta presencia solamente con las comunidades inglesa y alemana. Estas fueron, sin lugar a dudas, las más influyentes en cuanto a movimiento de capitales y participación en la industria salitrera misma, pero no fueron las únicas, y a menudo ni siquiera las más numerosas. En el censo chileno de 1885, por ejemplo, la colectividad europea con mayor presencia numérica en la provincia de Tarapacá, la principal zona productora hasta comienzos del siglo XX, era la italiana. En efecto, los 490 residentes de esa nacionalidad sobrepasaban a los 411 ingleses y 195 alemanes, por no mencionar a los 218 españoles y 203 “austro-húngaros” provenientes de las costas croatas de Dalmacia.⁵ Diez años después, la representación inglesa había pasado

³ Carl Solberg, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914* (Austin: 1970); Jean Pierre Blancpain, *Les Allemands au Chili, 1826-1945* (Colonia: 1974); María Rosaria Stabili, “Las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920”, *Estudios Inmigratorios Latinoamericanos* N° 2 (1986); Carmen Norambuena, “Política y legislación inmigratoria en Chile, 1830-1930”, *Cuadernos de Humanidades* N° 10 (Universidad de Santiago de Chile: 1990); Baldomero Estrada, “La colectividad italiana de Santiago de Chile a través de la Sociedad de Mutuos Socorros Italia (1880-1910)”, en Fernando J. Devoto y Eduardo J. Míguez (eds.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica* (Buenos Aires: 1992).

⁴ El término está presente en alguna prensa chilena desde la segunda mitad de la década de 1880, y aparece en la mayoría de los relatos de viajeros sobre la región. Como ejemplo de estos últimos pueden verse William Howard Russell, *A Visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá* (Londres: 1890), y André Bellessort, *La jeune Amérique (Chili et Bolivie)* (París: 1897).

⁵ Chile, Oficina Central de Estadística, *Sexto Censo General de la Población de Chile* levantado el 26 de noviembre de 1885 (en adelante *Censo 1885*; Valparaíso 1889).

a la cabeza, con 1151 residentes, pero la italiana aparecía en segundo lugar con 833, seguida por la española, la “austro-húngara” y la alemana con 652, 444 y 417 respectivamente.⁶ En suma, el impacto del Viejo Mundo sobre esa región salitrera fue mucho más diverso de lo que habitualmente se supone.

Este artículo se propone indagar sobre la presencia en el ciclo salitrero tarapaqueño de una colectividad europea aún no estudiada en ese espacio, la italiana. Como se dijo, en el primer censo posterior a la Guerra del Pacífico ella aparecía como el núcleo europeo más numeroso, especialmente entre los comerciantes y los empleados particulares.⁷ Para el censo de 1895 había pasado a un segundo lugar, con los comerciantes y empleados particulares nuevamente encabezando la clasificación por oficios.⁸ En 1907, finalmente, los italianos censados ascendieron a 1026, todavía la colonia europea más numerosa después de los británicos (1395), y todavía la más conspicua entre el mediano y pequeño comercio en general.⁹

Estas cifras demuestran que en Tarapacá los italianos distaban mucho de ser un grupo marginal. Por otra parte, su activa vida comunitaria y, posiblemente, su mayor afinidad cultural con la población nativa, le conferían un perfil mucho más marcado de lo que su influencia económica podía justificar. Conocer a la colonia italiana tarapaqueña es, en definitiva, adentrarse en dimensiones desconocidas de la ya referida “desnacionalización” de las provincias salitreras, y conocer un poco más a fondo aquellos actores que, por no estar ubicados en las trincheras fundamentales de su conflictiva historia social, no han recibido tanta atención como el gran empresariado británico-alemán y las clases trabajadoras.

En las páginas que siguen se ofrece un análisis de aquellos sectores de la vida económica tarapaqueña en que la presencia italiana cobró mayor nitidez. El empresariado italiano no estuvo ausente de la industria matriz de la región, la salitrera, aun cuando su participación no tuvo la magnitud de otros grupos europeos ni le permitió defenderse con tanto éxito de las tendencias monopolizadoras que se hicieron sentir con particular fuerza después de la Guerra del Pacífico. De ese modo, una primera sección se dedica a caracterizar a los salitreros italianos, y a rastrear su trayectoria hasta el momento en que la mayoría abandonó el negocio. La segunda sección, en cambio, considera en forma panorámica lo que fue sin duda el espacio económico y social más prominente de la comunidad italiana, en Tarapacá como en otras partes de Chile: el mediano y pequeño comercio e industria. A través de una y otra se adquiere una visión más o menos completa del accionar económico del grupo en estudio, y de su ubicación en la jerarquía social de la región. Asimismo, permite comparar otras

⁶ Chile, Oficina Central de Estadística, *Séptimo Censo General de la Población de Chile* levantado el 28 de noviembre de 1895 (en adelante *Censo 1895*; Valparaíso 1900).

⁷ *Censo 1885*, p. 429.

⁸ *Censo 1885*, ps. 3 y ss.

⁹ Chile, Comisión Central de Censos, *Censo de la República de Chile*, levantado el 28 de noviembre de 1907 (citado en adelante como *Censo 1907*; Santiago: 1908); p. 35 y ss.

experiencias migratorias en la costa occidental de Sudamérica con un caso que, por el contexto físico y económico en que se desarrolló, asumió características hasta cierto punto particulares.

LOS SALITREROS ITALIANOS: UNA PRESENCIA DIFÍCIL

En los albores de la historia salitrera no faltaron los europeos, particularmente ingleses, franceses y españoles, que compartieron junto a peruanos y uno que otro chileno la aventura de buscar fortuna en esa novedosa explotación.¹⁰ No fue, sin embargo, hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando la industria se incorporó al vértigo de la producción mecanizada y las exportaciones masivas, que la presencia empresarial y financiera europea se hizo verdaderamente significativa. El punto de partida de esta transición generalmente se establece en la década de 1850, cuando el salitrero chileno —de ascendencia italiana— Pedro Gamboni revolucionó la producción de salitre, adaptándole la fuerza del vapor y haciendo técnicamente posible su operación a gran escala. Esta transformación permitió al salitre satisfacer la creciente demanda europea, desplazando al guano del comercio mundial de fertilizantes. Junto con ello, sin embargo, se hizo imperativa la incorporación de capitales mucho más cuantiosos de los que hasta ese momento habían alimentado a la industria. Y aunque en tal afán también se recurrió a los mercados financieros de Lima o Valparaíso, las necesidades eran lo suficientemente fuertes como para dar cabida a la inversión de firmas y empresarios europeos. Para comienzos de la década de 1870, el capital europeo ya controlaba más del 25% de la capacidad productiva instalada en Tarapacá, y sus establecimientos se contaban entre los más modernos y mejor equipados.¹¹

En esa coyuntura no estuvieron ausentes los capitalistas italianos. Cuando en 1875 el gobierno peruano de Manuel Pardo decidió la nacionalización de todas las salitreras tarapaqueñas, éstos ocupaban el quinto lugar en cuanto a capacidad productiva anual, después de peruanos, chilenos, ingleses y alemanes. Es verdad que esto sólo equivalía a poco más del 4% de la capacidad total, pero era claramente superior a otros grupos europeos como españoles y franceses. Los terrenos salitrales bajo control de propietarios italianos, por otra parte, se aproximaban al 10% del total, lo que permitía abrigar interesantes perspectivas de desarrollo futuro.¹² En suma, los salitreiros italianos estaban lejos de dominar la industria, pero conformaban una franja re-

¹⁰ Oscar Bermúdez M., *Historia del salitre, desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico* (Santiago: 1963), citado en adelante como *Historia del salitre (I)*; capítulo dos.

¹¹ O'Brien, *op. cit.*, capítulo 1 y especialmente el cuadro N° 2, p. 19; también Bermúdez, *op. cit.*, capítulos 3 y 5.

¹² Billinghamurst, *op. cit.*, ps. 22-23.

lativamente sólida de lo que podría denominarse empresarios medianos. Las vicisitudes que debieron afrontar posteriormente sus rivales peruanos y chilenos, producto del efecto acumulado de la política expropiatoria de Pardo, las crisis mundiales de precios y la Guerra del Pacífico, los dejarían en una posición aun más expectante en los primeros años de la posguerra.

El decano de los salitreros italianos fue Félix Massardo, llegado a Tarapacá probablemente a fines de la década de 1850.¹³ Su oficina *Solferino*, conocida localmente como “la Máquina Italiana”, fue de las primeras en incorporar las técnicas y sistema productivo desarrollados por Pedro Gamboni, lo que hizo de ella en su momento una de las más modernas de la provincia.¹⁴ Hacia 1872, su capacidad productiva anual se calculaba en unos 128 mil quintales métricos, convirtiéndola en la tercera más productiva de Tarapacá.¹⁵ Este equipamiento, sin embargo, requirió de capitales muy superiores a lo que Massardo podía aportar por sí solo. Esto lo obligó ya en 1866 a hipotecar *Solferino* a nombre del empresario alemán Fernando Corssen, a cambio de un crédito cercano a los 11.500 soles peruanos,¹⁶ y algunos años después a aprovechar una fiebre bursátil en Valparaíso para organizar la “Compañía Salitrera Solferino”, con un capital de 450 mil pesos chilenos.¹⁷ Lamentablemente para Massardo, quien se mantuvo como gerente y principal accionista de la nueva sociedad, la vertiginosa expansión de la industria salitrera a comienzos de los setenta exigió inversiones aun mayores. Una nueva ampliación de *Solferino* condujo en 1874 a la suscripción de un préstamo por 60 mil soles con el Bank of London, Mexico and South America, a cambio de lo cual éste se erigía como consignatario de todo el salitre elaborado por Massardo.¹⁸ Irónicamente, el tratar de mantenerse en competencia podía llevar a la pérdida del control efectivo sobre las operaciones.

Para dificultar aún más las cosas, la crisis desatada en las economías europeas a partir de 1873, especialmente dañina para los precios de materias primas como el salitre, vino a anular todos los esfuerzos desplegados por Massardo. En 1875 su deuda con el Bank of London, Mexico and South America aumentaba a 187 mil soles, lo que por lo demás no impidió que poco tiempo después se viese forzado a declarar la quiebra de la Compañía Salitrera Solferino. Cuando el gobierno peruano procedió a la expropiación de todas las oficinas, los certificados de compra de *Solferino* pasaron íntegramente al banco inglés, a esas alturas verdadero y único propietario del establecimiento.¹⁹ Para el estallido de la Guerra del Pacífico, el antiguo

¹³ Bermúdez, *op. cit.*, p. 419. En este estudio se ha optado por respetar la versión castellanizada de los nombres de pila de los inmigrantes italianos, con la que generalmente aparecen en la documentación.

¹⁴ Bermúdez, *op. cit.*, p. 261.

¹⁵ Billinghamurst, *op. cit.*, p. 15.

¹⁶ *Archivo Notarial de Iquique* (en adelante ANI), 1866, vol. I, N° 24, reg. 11.

¹⁷ Billinghamurst, *op. cit.*, p. 38.

¹⁸ ANI 1874, vol. 11, N° 315, fs. 358-360; O'Brien, *op. cit.*, p. 22.

¹⁹ ANI 1875, vol. 12, N° 734, fs. 893-894; vol. 19, N° 103, fs. 189-191; O'Brien, *op. cit.*, ps. 34, 39.

dueño seguía administrando la producción, pero sólo como arrendatario del fisco peruano.²⁰ Tras la ocupación de Tarapacá, el gobierno chileno la subastó a la sociedad de Goich y Zayas, con lo que Massardo rompió sus últimos lazos con ella.²¹ Al igual que numerosos salitreros peruanos y chilenos, el primero y más antiguo entre los salitreros italianos fue incapaz de resistir la embestida simultánea de crisis, expropiación y guerra.

Más afortunados fueron algunos de sus compatriotas que, pese a una menor presencia antes de la guerra, lograron mantenerse activos y prosperar como salitreros. Uno de los casos más conocidos fue el de Pedro Perfetti, ya instalado en 1865 como comerciante en la pequeña caleta de Mejillones del Perú, cercana al puerto de Pisagua.²² A comienzos de la década siguiente aparece involucrado directamente en la industria salitrera, en sociedad con su compatriota José Devéscovi. Bajo la razón social de Devéscovi, Perfetti y Compañía, ambos hipotecaban en 1872 su oficina San Antonio a la “Compañía Salitrera de Pisagua”, y junto con ella el establecimiento comercial que Perfetti aún mantenía en Mejillones.²³ Perfetti no estuvo inmune a los efectos de la crisis salitrera de 1873, pues un año después aparecía reconociendo, por sí solo, una deuda superior a los 50 mil pesos chilenos. Para saldarla, se comprometía a entregar mensualmente una cierta cantidad de salitre a la firma chilena de Agustín Edwards y Compañía, heredera de los derechos de la Compañía Salitrera de Pisagua.²⁴ Considerando las circunstancias, la venta al gobierno peruano de *Candelaria*, otra oficina de su propiedad, debió resultarle un alivio.²⁵ Tal como le había sucedido a Félix Massardo, las dificultades de los años setenta parecían frustrar tempranamente su incursión en el negocio salitrero.

En este caso, sin embargo, el alejamiento fue sólo parcial. A pocos meses de producida la ocupación chilena de Tarapacá, Perfetti se presentaba ante las autoridades militares solicitando se le permitiese elaborar salitre en una serie de oficinas situadas en los distritos salitreros del norte, cercanos a su base de operaciones en Pisagua. Fundamentando tal solicitud, afirmaba que los empresarios de nacionalidad peruana que habían estado administrando esos establecimientos por cuenta del fisco, seis en total, lo hacían con capitales suministrados por él. En su opinión, esta circunstancia le otorgaba el mejor derecho para continuar personalmente con la explotación. Considerando la situación por la que entonces pasaba la provincia, el gobierno chileno evidentemente estaba mejor dispuesto a tratar con

²⁰ Miguel Cruchaga, *Salitre y guano* (Madrid: 1929), p. 295; ANI, 1879, vol. 46, N° 527, fs. 1174-1176.

²¹ Francisco Valdés Vergara, *Memoria sobre la administración de Tarapacá* (Santiago: 1884), ps. 133-134; ANI 1881, vol. 59, N° 243, fs. 208-210; 1882, vol. 59, N° 926, f. 757.

²² ANI 1865, vol. 1, N° 34, f. 45, reg. 8.

²³ ANI 1872, vol. 6, N° 19 y 22, fs. 24 y 28-29.

²⁴ ANI 1874, vol. 6, N° 45, fs. 46-47.

²⁵ ANI 1876, vol. 28, N° 655, fs. 1794-1796.

un empresario italiano que con seis peruanos, de modo que el permiso le fue concedido. Cuando el destino de la industria salitrera aún permanecía sumido en las incertidumbres provocadas por la guerra, Pedro Perfetti fue uno de los primeros en apostar a cuenta del futuro.²⁶ Fue un impulso cuyo acierto los resultados se encargaron de confirmar.

Tal vez fue esta audacia lo que animó a los financistas ingleses Henry B. James y George M. Inglis, poderosas figuras del crédito salitrero desde antes de la guerra, a asociarse con Perfetti para incursionar directamente en la producción de salitre. A tal efecto constituyeron en agosto de 1881 una sociedad comercial destinada a explotar la oficina *Tres Marias*, rescatada por Perfetti apenas el gobierno chileno oficializó su intención de devolver la industria al sector privado. La razón social que adoptaron fue la de J. T. Humberstone y Compañía, por la presencia en ella como socio gestor del ingeniero inglés James Humberstone, artífice de la renovación tecnológica que posibilitó una nueva bonanza salitrera en la década de los ochenta. De hecho, los capitales aportados por James e Inglis perseguían precisamente la explotación de los terrenos casi vírgenes de *Tres Marias* mediante la nueva técnica introducida por Humberstone, conocida en jerga salitrera como “sistema Shanks”. A cambio de aportar esos terrenos, Perfetti se hacía acreedor nada menos que al 50% de las utilidades.²⁷

Hacia 1884, la oficina *Tres Marias* ocupaba unos 160 operarios y producía aproximadamente 165 mil quintales métricos al año, lo que la situaba en una franja intermedia respecto del conjunto de la industria.²⁸ Ninguno de sus propietarios, sin embargo, restringía su gestión salitrera exclusivamente a los negocios de J. T. Humberstone y Compañía. James e Inglis, al menos, evolucionaron rápidamente hasta convertirse en una de las sociedades salitreras más prósperas de la provincia. En lo que respecta a Perfetti, esos primeros años de la década de 1880 también le significaron la adquisición de la oficina *Camiña*, la que una vez refaccionada quedó en condiciones de producir casi tanto como *Tres Marias*, con una fuerza laboral de similar tamaño.²⁹ Otras oficinas adquiridas por Perfetti en esos años fueron *Santiago*, *Aguada*, *Pampa Negra* y *San Francisco de Zegarra*, a la vez que entabló pleitos judiciales por la propiedad de terrenos salitrales en *Mercedes de Negreiros*

²⁶ Archivo Intendencia de Tarapacá (en adelante AIT), vol. 15: Pedro Perfetti a Delegado Fiscal, marzo de 1880; vol. 12, Jefe Político de Tarapacá a General en Jefe de la Reserva, 22 de marzo de 1880.

²⁷ ANI 1882, vol. 69, N° 1122, f. 917; 1885, vol. 79, N° 1029, fs. 862-864; *El Veintiuno de Mayo* (Iquique), en adelante VM, 4 de agosto de 1883; Valdés Vergara, *op. cit.*, ps. 132-133; O'Brien, *op. cit.*, p. 68.

²⁸ “Informes mensuales del Inspector General de Salitreras”, en AIT; “Informe de Francisco Gandarillas y Miguel Cruchaga al Directorio de la Sociedad Nacional de Minería”, publicado en VM, 14 de mayo de 1884; VM, 11 de abril de 1883; Billinghamurst, *op. cit.*, p. 61.

²⁹ “Informe mensual del Inspector General de Salitreras” correspondiente al mes de abril de 1884; “Informe de Francisco Gandarillas y Miguel Cruchaga...”, *op. cit.*; VM, 18 y 29 de mayo, 18 de junio de 1883; Valdés Vergara, *op. cit.*, p. 138; Billinghamurst, *op. cit.*, p. 61.

y *Rosano de Ríos*.³⁰ Todo parecía indicar que la coyuntura expansiva de la posguerra permitiría al menos a este salitrero italiano afianzar su presencia en el sector.

La evolución de la industria, sin embargo, determinó otra cosa. El crecimiento explosivo de la producción, sumado a los constantes altibajos en la demanda europea, fueron desplazando progresivamente del mercado a las oficinas más pequeñas o menos productivas. Al iniciarse la década de 1890, las dos oficinas de Perfetti que aún permanecían activas, *Tres Marías* y *Aguada*, aportaban sólo el 5% de la producción total de Tarapacá.³¹ Es verdad que en 1894, al reanudar el gobierno chileno su política de subastar terrenos salitrales, Perfetti volvió a hacerse presente mediante la adquisición de siete nuevas oficinas. Queda la impresión, sin embargo, que estas operaciones se inspiraban más en la idea de invertir para el futuro que de incrementar la explotación en forma inmediata. De hecho, las únicas oficinas de Perfetti que seguían activas hacia 1907 eran *Tres Marías* y *California*, ubicadas en el 24° y 31° lugares a nivel provincial. *Camiña* y *Aguada*, en cambio, habían pasado a manos de sociedades anónimas, al menos una de ellas con sede en Inglaterra.³² Enfrentado a los grandes capitales ingleses que a partir de 1885 empezaron a copar la industria, Perfetti parece haber optado por retirarse a un discreto segundo plano. A la postre, sus bodegas y comercio en Pisagua resultaron un negocio mucho más seguro que sus incursiones como salitrero, aun cuando éstas evidentemente lo siguieron seduciendo hasta el final.

Un caso mucho más nítido de desplazamiento por parte de grandes consorcios anónimos fue el de Juan Sanguinetti, otro salitrero italiano lanzado al negocio por la Guerra del Pacífico. Hasta el estallido de ésta, Sanguinetti parece haberse desempeñado solamente como comerciante de salitre en el puerto de Pisagua, el mismo donde a esa fecha ya había comenzado a operar su compatriota Perfetti.³³ Para 1881, aparece vinculado a la oficina Huáscar, para cuya explotación organizó una sociedad con el comerciante francés Eugenio Labernadie.³⁴ Mucho más importante fue su adquisición de la oficina *San José de Puntunchara*, oficializada a mediados de 1882 por la máxima autoridad administrativa de Tarapacá.³⁵ Para equipar estos terrenos con la maquinaria más moderna que por entonces se introducía en la industria, Sanguinetti recurrió a los mismos financistas ya buscados por Perfetti, los ingleses James e In-

³⁰ *VM*, 8 de junio de 1882; *La Industria* (Iquique), en adelante *LI*, 13 de septiembre, 2 de octubre de 1883; *ANI* 1884, vol. 75, N° 868, f. 653; 1886, vol. 85, N° 516, fs. 421-422; 1887, vol. 92, N° 10, f. 11; Chile, Cámara de Diputados, *Sesiones Extraordinarias*, 30 de noviembre y 23 de diciembre de 1889; *Sesiones Ordinarias*, 16 y 21 de agosto de 1890; "Memoria de la Delegación Fiscal de Salitreras", en Chile, Ministerio de Hacienda, Memoria (1890), ps. 61-62; Valdés Vergara, *op. cit.*, p. 138.

³¹ E. Semper y E. Michels, *La industria del salitre en Chile* (Santiago: 1908), ps. 300-301.

³² *Ibid.*, ps. 292-306.

³³ De ello da cuenta un aviso publicado en *LI*, 24 de febrero de 1884.

³⁴ *ANI* 1881, vol. 60, N° 511, f. 451.

³⁵ *ANI* 1883, vol. 70, N° 61, fs. 51-54; *VM*, 13 de mayo de 1882.

glis. Con su apoyo, a fines de 1882 se formaba la sociedad Juan Sanguinetti y Compañía, bajo cuyo alero *San José de Puntunchara* llegaría a ser una de las cinco oficinas más productivas de Tarapacá.³⁶ El papel de Sanguinetti en esta combinación no queda del todo claro, pues varias fuentes identificaban a *Puntunchara* como propiedad de James, Inglis y Compañía, quienes en todo caso actuaban como mandatarios legales de J. Sanguinetti y Compañía.³⁷ Sea como fuere, en agosto de 1887 la oficina fue traspasada a la “London Nitrate Company Limited”, sociedad anónima creada en Londres con un capital autorizado de 160 mil libras esterlinas.³⁸ Luego de esta transacción, Sanguinetti no vuelve a figurar como salitrero ni con vinculación alguna a la industria. Por el contrario, un aviso de prensa de 1896 que identifica a “Sanguinetti y Compañía” como agentes en Valparaíso de la naviera *Navigazione Generale Italiana* sugiere que una vez consolidada su fortuna, éste optó por trasladarse a ese puerto, de mayores posibilidades y vida menos sacrificada que Iquique.³⁹ Con ello parecía cerrarse otra historia de desplazamiento de medianos empresarios salitreros por el gran capital corporativo británico.

Menos efímera, pero en virtud de ello más ilustrativa, fue la trayectoria del último salitrero italiano de importancia, José Devéscovi. Las primeras referencias a este empresario, fechadas a mediados de la década de 1860, ya lo exhiben adquiriendo terrenos salitrales en la oficina *Rosario*.⁴⁰ En el decenio siguiente Devéscovi intensificó su actividad salitrera, aunque también se desempeñó paralelamente como comerciante y habilitador de otros salitreros.⁴¹ En sociedad con su compatriota Pedro Perfetti, como ya se dijo, compró la oficina *San Antonio* y posteriormente la hipotecó a la Compañía Salitrera Pisagua, en un negocio que no prosperó.⁴² Más duradera resultó su asociación con Guillermo Arredondo, organizada en agosto de 1872 bajo la razón social de “José Devéscovi y Compañía”. En unos pocos años, esta empresa logró reunir bajo su propiedad las oficinas *San José*, *Santa Adela* y *San Francisco*, aparte de otros terrenos aún inexplorados.⁴³ Entre estos últimos, uno de especial significado para el futuro de Devéscovi fue *Candelaria*, en el distrito de Huará, sobre el

³⁶ O'Brien, *op. cit.*, p. 68 y nota 34 de la misma página; “Fuerza productora mensual fijada a las oficinas salitreras de la provincia por la Comisión de Peritos nombrada con ese fin por el Comité Salitrero de Iquique”, en *VM*, 1º de agosto de 1884; *VM*, 4 de agosto de 1883; “Informe de Francisco Gandarillas y Miguel Cruchaga...”, *op. cit.*; Billinghamurst, *op. cit.*, p. 61; Valdés Vergara, *op. cit.*, p. 132.

³⁷ “Informe de Francisco Gandarillas y Miguel Cruchaga”, *op. cit.*; *ANI* 1885, vol. 80, N° 2248, f. 1692; Billinghamurst, *op. cit.*, p. 82.

³⁸ Chile, Ministerio de Hacienda, *Fomento de la industria salitrera* (Santiago: 1889), p. 129; Billinghamurst, *op. cit.*, p. 83.

³⁹ *El Tarapacá* (Iquique), en adelante *ET*, 19 de abril de 1896.

⁴⁰ *ANI* 1866, vol. 1, N° 21, f. 31.

⁴¹ *ANI* 1872, vol. 6, N° 22, fs. 28-29.

⁴² *Ibid ANI* 1872, vol. 8, f. 37.

⁴³ *ANI* 1872, vol. 7, f. 50; 1873, vol. 9, f. 13 y fs. 16-17, 41-42; vol. 10, fs. 52-53; 1874, vol. 6, N° 22, fs. 28-29; 1875, vol. 12, N° 914, fs. 1167-1169; 1876, vol. 26, N° 308, fs. 683-685; Billinghamurst, *op. cit.*, ps. 16-17.

que posteriormente se fundó una oficina que permaneció en su poder hasta más allá del cambio de siglo.⁴⁴ La expropiación decretada por el Presidente Pardo, sin embargo, parece haber quitado a J. Devéscovi y Compañía su razón de ser, pues en 1877 los socios acordaban su disolución.⁴⁵ Desde allí hasta el estallido de la guerra, Devéscovi se mantuvo solamente como contratista de producción en su antiguo establecimiento de *Santa Adela*, mientras en Iquique instalaba un almacén de abarrotes y panadería con el italiano Gregorio Gregorina.⁴⁶

Como en tantos otros casos, la reprivatización decidida por el gobierno chileno permitió a Devéscovi retomar su vocación salitrera. La oficina *Santa Adela* siguió explotándose en virtud del antiguo contrato con el gobierno peruano hasta junio de 1883, fecha en que el agotamiento de sus depósitos motivó su abandono. En ese momento Devéscovi fue reconvenido por la autoridad por llevarse los materiales de esa oficina a *Candelaria*, que a partir de entonces pasó a llamarse *Constancia*.⁴⁷ A diferencia de *Santa Adela*, esta última oficina nunca había sido expropiada por el gobierno peruano, aunque comprobarlo le significó a Devéscovi numerosas dificultades, y hasta algunos roces con la justicia y la autoridad administrativa.⁴⁸ A la postre, las molestias se vieron compensadas, pues el futuro de Devéscovi como salitrero se cimentó fundamentalmente en la producción de *Constancia*. No era una oficina muy grande, con una capacidad productiva hacia 1884 de 250 mil quintales métricos anuales, y una fuerza de trabajo que se situaba entre los 120 y los 130 operarios.⁴⁹ Según estas cifras, *Constancia* ocupaba aproximadamente el vigésimo lugar a nivel provincial, aunque si se toma la producción de toda la década su ubicación sube al décimo quinto.⁵⁰ Era también una de las más importantes elaboradoras de yodo, subproducto del proceso salitrero que temporalmente se encomendó al empresario, también italiano, Pedro Rescalli.⁵¹ Es verdad que todo esto no hacía de Devéscovi una de las figuras más descollantes dentro del negocio salitrero, lo que podría tal vez explicar sus crecientes incursiones, muchas de ellas en so-

⁴⁴ ANI 1873, vol. 9, f. 28.

⁴⁵ ANI 1877, vol. 36, N° 272, fs. 574-576.

⁴⁶ ANI 1877, vol. 39, N° 243, fs. 3215-3217; 1881, vol. 59, N° 133, f. 99; 1882, vol. 69, N°971, fs. 789-790; VM, 25 de octubre de 1882; "Matrícula de patentes industriales y profesionales de Iquique" (1882); Valdés Vergara, *op. cit.*, p. 137.

⁴⁷ AIT, vol. 32: Inspector Ceneral de Salitreras a Jefe Político, 10 de agosto de 1883; también ANI 1880, vol. 54, N° 106, f. 77; 1881, vol. 59, N° 309, f. 260; Valdés Vergara, *op. cit.*, p. 137.

⁴⁸ ANI 1886, vol. 87, N° 1690, fs. 1516- 1517; VM, 5 de abril y 30 de noviembre de 1882, 16 de mayo de 1885; LI, 28 de noviembre de 1882; "Memoria de la Delegación Fiscal de Salitreras" (1890), p. 65, en Chile, Ministerio de Hacienda, *Memoria* (1890).

⁴⁹ AIT, "Informes Mensuales de la Inspección General de Salitreras"; Billingham, *op. cit.*, p. 61.

⁵⁰ AIT, "Informes Mensuales de la Inspección General de Salitreras"; el resumen decenal en "Memoria de la Delegación Fiscal de Salitreras", (1890), *op. cit.*, ps. 88-89.

⁵¹ ANI 1883, vol. 71, N° 1177, fs. 951-953; 1884, vol. 75, N° 1247, fs. 955-957; vol. 74, N° 268, fs. 192-193; 1886, vol. 85, N° 207, fs. 152-153.

ciudad con Julián Dassori, en la minería de la plata.⁵² Con todo, *Constancia* le permitió sobrevivir como salitrero por sobre la competencia de las grandes corporaciones extranjeras, lo que, como se ha visto, no fue común entre sus compatriotas. Para 1900, él y Pedro Perfetti eran los únicos salitreros italianos que permanecían activos en Tarapacá, y esta opción fue respetada por sus herederos aún después de su muerte.⁵³

Los cuatro casos analizados no agotan, por cierto, la presencia italiana en la industria del salitre. Durante la década de 1870 fueron numerosos los empresarios de esa nacionalidad que se hicieron propietarios de oficinas y terrenos vírgenes, entre ellos Cristóbal Zanelli, Juan Cauvi, Santiago Vignolo, Federico Mazzini, José Radice, Esteban Montefinalli, Francisco Molfino y, especialmente, Juan Bacigalupo.⁵⁴ Ninguno de ellos, sin embargo, logró sobrevivir a las vicisitudes que enturbiaron los últimos años de esa década, y los que permanecieron en Tarapacá después de la guerra se dedicaron más bien al rubro comercial o a los servicios. A partir de entonces todavía hubo algunos que se atrevieron a incursionar en el negocio salitrero, como Alberto Molfino, Pascual Sciammaro, Francisco Romanelli y Francisco Richini.⁵⁵ Hacia el fin de siglo incluso se sumó a ellos Zanelli Hermanos, como se verá en el próximo apartado, una de las firmas comerciales más poderosas de la provincia.⁵⁶ En todos esos casos, sin embargo, las oficinas adquiridas eran absolutamente marginales, y como ninguna fue puesta en producción queda la impresión que se perseguía más bien una valorización futura que la incorporación real al círculo de los salitreros activos. El nuevo siglo, como ya se dijo, sólo encontró a dos de los antiguos salitreros italianos todavía en posesión de sus oficinas. Para el año salitrero 1906-1907, su exportación, sumada a la de los más noveles y pequeños R. Gazzari y Juan Pellerano, sólo aportaba el 5,8% del total provincial.⁵⁷ En suma, la iniciativa italiana no se mostró incapaz de responder a las oportunidades del negocio salitrero, pero la concentración de capitales a la que éste se fue sometiendo hizo cada vez más difícil su permanencia. A la postre, la industria salitrera no fue el terreno más fértil para el empresariado italiano.

⁵² ANI 1877, vol. 39, N° 1436, fs. 3562-3563; 1883, vol. 71, N° 1521, fs. 1205-1206; 1889, vol. 107, N° 1364, fs. 936-937; vol. 108, N° 2257, f. 1567; AIT, vol. 110: Intendente a Ministro de Hacienda, 9 de noviembre de 1887; vol. 149: Intendente a Ministro de Hacienda, 7 de septiembre de 1889; *El Amigo del Pueblo* (Iquique), 2 de octubre, 9 de diciembre de 1890.

⁵³ ANI 1897, vol. 187, N° 905, f. 534; Semper y Michels, *op. cit.*, ps. 302-305.

⁵⁴ Los registros correspondientes a tales inversiones se encuentran en ANI, volúmenes entre 1868 y 1879.

⁵⁵ ANI 1881, vol. 59, N° 469, f. 416; 1885, vol. 79, N° 1045, fs. 879-880; 1886, vol. 87, N° 2027, f. 1800; 1887, vol. 93, N° 802, fs. 702-703; 1894, vol. 155, N° 8, f. 4.

⁵⁶ ANI 1894, vol. 156, N° 1437, fs. 907-908; mismo volumen, N° 1492, fs. 941-942; 1895, vol. 174, N° 896, fs. 404-405; 1896, vol. 178, N° 850, f. 411; vol. 184, N° 1754, f. 1137 mismo volumen, N° 1752, f. 1136.

⁵⁷ Semper y Michels, *op. cit.*, ps. 305-306.

COMERCIO E INDUSTRIA: LA PRESENCIA MASIVA

Por las razones expuestas, el ingreso de los inmigrantes italianos a la industria salitrera no fue el más expedito, y lo fue cada vez menos a medida que transcurrían los años. En torno a ella, sin embargo, había toda una gama de posibilidades que no exigían tanto en términos de capital, y que para los italianos terminaron siendo la principal vía de inserción en la economía tarapaqueña. La más importante, en cuanto al número de personas que involucró, fue el comercio interior, tanto mayorista como al detalle. Hacia fines del siglo XIX, algunas ramas de esta actividad insinuaban convertirse en virtuales monopolios de la colectividad italiana. Similar importancia tuvo la provisión de ciertos servicios, y muy particularmente la creación de establecimientos industriales de pequeña monta, que supieron aprovechar el creciente mercado consumidor de la provincia. En suma, lo esencial de la presencia italiana en Tarapacá no estuvo determinado directamente por la producción de salitre, pero sí por las múltiples necesidades locales que ésta engendró, y por las personas que movilizó.

Si se analiza el censo chileno de 1885, 216 de los 490 residentes que allí declaraban la nacionalidad italiana se identificaban como comerciantes. Figuraban además 65 “empleados particulares”, muchos de ellos posiblemente dependientes al servicio de compatriotas dedicados al comercio. Sumando ambos grupos se llega a un 57% del total, que sube a un 63% si se excluyen las 45 mujeres de nacionalidad italiana que no declararon oficio. En uno u otro caso, es evidente que el comercio era la actividad más favorecida por el conjunto de la colectividad.⁵⁸

Diez años después, otro censo demostraba que si bien las cantidades habían aumentado y las proporciones disminuido levemente, esta actividad conservaba un claro predominio. De un total de 833 italianos residentes, 256 se declaraban comerciantes y 79 empleados particulares, lo que representa un 40% del total. Excluyendo a 94 italianas sin oficio, por razones análogas a las del ejercicio anterior. La cifra aumenta al 45,3%, casi la mitad del universo general. Aun sin la aplastante superioridad de 1885, el comercio seguía siendo el rubro más frecuentado.⁵⁹

Precisando mejor el marco analítico, se constata que esta preferencia no se distribuía con uniformidad entre las distintas sub-ramas del comercio. Había actividades donde los italianos prácticamente no tenían presencia, como las carnicerías, librerías, frutos del país, y el mundo financiero en general, aunque en este último caso debe reconocerse que hacia fines de siglo se creó una “Compañía Italiana de Seguros contra

⁵⁸ *Censo 1885.*

⁵⁹ *Censo 1895.* En todo caso, 11 de las mujeres italianas que sí declaraban oficio lo hacían bajo el rubro de “comerciantes”.

Incendios *Cristóforo Colombo*”, que reunía a los italianos más acaudalados de la localidad.⁶⁰ Existían ausencias similares en el sector servicios, por ejemplo entre las herrerías y peluquerías, como asimismo —curiosamente— en el muy concurrido ramo de cafés, fondas y cantinas. Considerando solamente la ciudad de Iquique, en el año 1882 fueron 120 las personas que obtuvieron patente para regentar establecimientos de este último tipo, pero italianos eran apenas tres. Siete años después el número había aumentado a siete, pero sobre un total de 200. En el rubro zapaterías, en cambio, en el primero de los años indicados dos de los cinco matriculados eran italianos, y el monto de sus patentes demuestra que eran los de mayor giro. Para 1891 los zapateros iquiqueños ya eran ocho, pero con una clara mayoría italiana de cinco.⁶¹ Más que una inclinación hacia el comercio en general, entonces, habría que hablar de una concentración en ciertos tipos de comercio, y una declarada hegemonía en algunos giros específicos.

Comenzando por el comercio exterior, hubo durante todo el período una clara presencia italiana en el negocio de las consignaciones y agencias de aduana, encargadas básicamente de canalizar las exportaciones salitreras y las muchas importaciones que demandaba una economía tan dependiente del exterior. De especial relieve en este plano fue la sociedad formada en 1877 por Francisco Richini, Alberto Molfino y Alfonso Vallebona, con el objeto de girar en el rubro de despachos de aduana, embarques, reembarques, consignaciones, comisiones de compraventa y otros similares.⁶² En 1882, Molfino se separó de sus socios para continuar en el mismo negocio por cuenta propia, agregándose también en el mismo año un tercer agente de aduanas de nacionalidad italiana, Juan Bautista Perasso.⁶³ Al comenzar la década de 1890, los comisionistas italianos que ejercían en Iquique llegaban a cuatro: Richini y Vallebona, Juan Bautista Perasso, Agustín Polastri y Rosario Zanca. Richini y Vallebona también figuraban como “agentes comerciales”, y la patente que pagaban por tal concepto los ubicaba en segundo lugar luego de la firma inglesa de Pettie & Co.⁶⁴ Corroborando indirectamente su importancia regional, Alfonso Vallebona fue el segundo Agente Consular de Italia en Iquique luego de la ocupación chilena, cargo que sirvió entre 1888 y 1890.⁶⁵

Ya en el ámbito propiamente interno, los comerciantes italianos también figuraron significativamente en los rubros de joyería, hotelería y panadería. En el primero,

⁶⁰ ANI 1899, vol. 217, N° 464, fs. 326-327; ET, 17 de enero de 1896.

⁶¹ Toda esta información se ha extraído de las “Matrículas de patentes industriales y profesionales de Iquique” correspondientes a los años 1881-1891, publicadas en la prensa de esa ciudad.

⁶² ANI 1877, vol. 36, N° 322, fs. 665-666; Francisco Richini ya había incursionado en este negocio en 1875, bajo la razón social de F. Richini y Compañía.

⁶³ ANI 1882, vol. 66, N° 125, f. 83; 1884, vol. 74, N° 559, fs. 395-396; LI, 9 de septiembre de 1882; “Matrícula de patentes...”, *op. cit.*, 1882.

⁶⁴ “Matrícula de patentes...”, *op. cit.*, 1891.

⁶⁵ AI, vol. 176: Agente Consular de Italia a Intendente, 31 de marzo de 1890.

Carlos Marchesse mantuvo por largos años una de las joyerías y relojerías más importantes de Iquique, siendo simultáneamente propietario de una de las mayores casas de préstamo.⁶⁶ Otros joyeros italianos fueron Luis Prato, Angel y Pío Ravani. Carlos Colombino, Víctor Caranzano, Emilio Merlini e Isotta Hermanos.⁶⁷ La constitución en 1892 de la sociedad de Pío Ravani y Compañía, orientada al negocio de joyería, relojería, cambio de moneda y compraventa de pastas metálicas, permite dimensionar los capitales movilizadas en torno a este tipo de empresas, y a través de ello adquirir una noción de la capacidad financiera de los inversionistas italianos en general. Previsiblemente, sus cinco mil pesos de capital social se ubican a una enorme distancia de las grandes empresas salitreras, capitalizadas en cientos de miles y hasta millones de libras esterlinas, pero así y todo representan más del doble de lo que declararon Richini y Vallebona al constituir su agencia de aduanas en 1882.⁶⁸ No muy diferente era la situación del ramo de hotelería, donde entre 1874 y 1894 diversos empresarios italianos aparecen comprometiendo sumas que fluctúan entre los dos mil y los doce mil pesos.⁶⁹ Se trata, en todos los casos, de empresas relativamente pequeñas o medianas. Así, aunque estos ramos comerciales hayan atraído un número mucho mayor de inversionistas italianos, ninguno de ellos podía compararse en términos financieros con los salitreros de esa nacionalidad, ellos mismos, a su vez, exponentes relativamente modestos de tal actividad.

El único giro comercial donde se conjuga una gran cantidad de empresarios italianos con inversiones, en algunos casos, de verdadero relieve, fue en el expendio de abarrotes y mercaderías en general, conocido en la jerga de la época como “pulperías”. Analizando la matrícula de patentes comerciales de Iquique para 1882, se aprecia que de un total de 125 establecimientos de ese género, 65 exhiben propietarios con apellidos inconfundiblemente italianos, lo que daría una proporción del 52%. Si se reduce la muestra a las dos primeras categorías de patentes, que corresponden a las pulperías de mayor envergadura y movimiento, la relación aumenta a 9 sobre 14, o un 64,3%.⁷⁰ Seis años después, el total de pulperías había aumentado a 131, y las de propiedad reconociblemente italiana a 77, un 58,8%. Lo propio acontecía en el estrato superior, involucrando aquí a 6 de los 10 establecimientos gravados con la más alta patente.⁷¹ Si había algún negocio en Tarapacá donde la comunidad italiana ejercía un predominio incontestable, éste era evidentemente el de las pulperías.

⁶⁶ “Matrícula de patentes...”, varios años.

⁶⁷ *Ibid*; *LJ*, 12 y 13 de septiembre de 1882.

⁶⁸ *ANI* 1892, vol. 140, N° 597, fs. 427-428; 1893, vol. 143, N° 63, fs. 47-48.

⁶⁹ Entre los empresarios italianos consagrados a este ramo se cuentan Santiago Macchiavello, *ANI* 1874, vol. 11, N° 56, fs. 64-65; Cristóbal Zanelli, *ANI* 1882, vol. 68, N° 578, fs. 433-434; José Devéscovi, *ANI* 1885, vol. 80, N° 2016, f. 1506; y Facconi y Priaroni, *ANI* 1894, vol. 156, N° 1729, fs. 1092-1093.

⁷⁰ “Matrícula de patentes...”, 1882.

⁷¹ “Matrícula de patentes...”, 1888.

En sus categorías más bajas, este tipo de negocios no suponía inversiones muy superiores a lo que ya se ha visto para otros con clara presencia italiana, como el de joyería u hotelería. Así, en vísperas de la Guerra del Pacífico, Clemente Da Oro vendía todas las existencias de su pulpería a otros tres comerciantes italianos en la suma de 2.438 pesos.⁷² Pocos años después, Rescalli Hermanos avaluaban un establecimiento sobre el que pesaba una declaración de quiebra en casi 10 mil pesos.⁷³ Hacia el término de la década de 1880, la sociedad de Borri y Giolzetti se constituía con un capital social de 2949,60 pesos, mientras que en 1892 Figari y Vianello hacían otro tanto con un aporte combinado de 2605 pesos.⁷⁴ Finalmente, en el último año del siglo, Cayetano Ferrari y Francisco Voltallorni fundaban una sociedad comercial colectiva para girar en compraventa de mercaderías surtidas y abarrotes, capitalizándola en 14.607,56 pesos. En este caso, sin embargo, existía la intención de mantener un anexo para expendio de licores al por menor, lo que tal vez explique la mayor inversión.⁷⁵

Nada de lo anterior justificaría que se distinguiese a las pulperías italianas, en lo tocante a montos en giro, de otros negocios controlados por esa colectividad. Esta percepción, sin embargo, comienza a variar cuando se fija la atención en los establecimientos de mayor envergadura. Un primer ejemplo lo aporta la sociedad de José Machiavello y Compañía, constituida en 1892 para montar el almacén *La Patria*, dedicado al expendio de “mercaderías de tienda y abarrotes”. El capital social inicial de esta firma, aportado en su mayor parte por José Machiavello, ascendía a 77.810,72 pesos, lo que lo situaba en una categoría absolutamente distinta de lo que se ha visto hasta el momento.⁷⁶ Mucho más nítido es el caso de Schiavetti Hermanos y Compañía, constituida en 1899 por Valentín, Antonio y Hermenegildo Schiavetti, Julio Gallo, Jorge Romusi y Luis Moro. Capitalizada en 300 mil pesos, esta empresa se creaba sobre la base de la ya existente de Schiavetti Hermanos, cuya pulpería fue inventariada y avaluada para tal efecto en más de 400 mil pesos.⁷⁷ Claramente, se estaba aquí ya bastante lejos del concepto de “pequeños comerciantes” que venía marcando la norma.

Pero ningún caso fue más claro a este respecto que el de Zanelli Hermanos, la firma comercial más exitosa fundada por inmigrantes italianos durante el ciclo salitrero tarapaqueño. Iniciada en 1882 por Julio, Ottorino, Nicolás y Enrique Zanelli, ésta permaneció bajo tal denominación hasta 1896, fecha de su disolución. Al comienzo, su capital social se fijó en 182.356 pesos, aportando la mayor parte el socio Julio Zanelli, radicado a esas alturas en Valparaíso pero que ya había girado algún tiempo en Iquique

⁷² ANI 1879, vol. 46, N° 514, fs. 1133-1134.

⁷³ LJ 12 de junio de 1883.

⁷⁴ ANI 1889, vol. 107, N° 1903, fs. 1311-1312; 1892, vol. 140, N° 63, f. 41.

⁷⁵ ANI 1899, vol. 218, N° 668, f. 516.

⁷⁶ ANI 1892, vol. 140, N° 544, fs. 385-386; 1897, vol. 187, N° 538, f. 328.

⁷⁷ ANI 1899, vol. 217, N° 71, fs. 52-53.

en el rubro de abarrotos.⁷⁸ En su primer año como Zanelli Hermanos, su establecimiento fue uno de los dos clasificados en la primera categoría de su género, pagando una patente semestral de 400 pesos. Ese monto lo situaba por encima de cualquier otro negocio de la ciudad de Iquique, con la excepción de los bancos y las grandes agencias salitreras.⁷⁹ Tres años después, la patente semestral subía a 700 pesos, y en 1891 a 800, lo que de acuerdo a la ley local de patentes indicaba una utilidad anual reconocida de 40 mil pesos.⁸⁰ Fuera de los empresarios españoles Chinchilla Hermanos, ningún otro comerciante iquiqueño podía hacer ostentación de ganancias semejantes.

Estimulados por ellas, Zanelli Hermanos comenzó a diversificar su acción hacia la compra de terrenos urbanos para edificación y arriendo de viviendas, así como la edificación de depósitos de aduana y algunas inversiones salitreras y mineras.⁸¹ En 1887 abandonó la sociedad el socio mayor Julio Zanelli, retirando su aporte inicial de 140 mil pesos más una utilidad de 137.436 pesos. Siguió en Iquique sus tres hermanos, quienes refundaron la empresa bajo la misma razón social y con un capital declarado de 150 mil pesos.⁸² Esta siguió funcionando en esas condiciones por diez años más, momento en que los tres hermanos acordaron disolverla. Hecha la liquidación correspondiente, Nicolás Zanelli recibió un total de 338.684 pesos por concepto de aporte inicial y gananciales, más las dos terceras partes de una serie de propiedades salitreras adquiridas por la sociedad en Aguas Blancas, provincia de Antofagasta.⁸³ Por su parte, Ottorino, el hermano con mayor tiempo de residencia en Tarapacá, recibió la suma de 450 mil pesos, combinada entre propiedades y dinero efectivo.⁸⁴ De este modo, en un lapso de diez años, los negocios emprendidos por la sociedad permitieron el retiro de un total de 1.066.120 pesos. Una vez producida la disolución, el cuarto hermano, Enrique, formó una nueva empresa con Ricardo Adami y Santiago Scaglia, aportando a su capital social la suma de 610.785 pesos. Con sus 755 mil pesos de capital inicial, "Enrique Zanelli y Compañía" se constituía en una de las más grandes firmas comerciales de Tarapacá, tanto incluso como para permitir que su socio principal fijara su residencia en Valparaíso.⁸⁵ Pocos inmigrantes italianos podían exhibir una carrera tan plena, especialmente si ella se cimentaba casi exclusivamente en la actividad mercantil.

⁷⁸ ANI 1882, vol. 68, N° 264, fs. 197-198; mismo volumen, N° 358, fs. 272-273; "Matrícula de patentes...", 1882.

⁷⁹ "Matrícula de patentes...", 1883.

⁸⁰ "Matrícula de patentes...", 1886, 1891; luego de la ocupación chilena, la provincia de Tarapacá conservó la legislación peruana relativa a patentes municipales; de acuerdo con ella, cada establecimiento debía cancelar anualmente, en dos cuotas semestrales, el 4% de las utilidades líquidas del año anterior.

⁸¹ ANI 1893, vol. 143, N° 426, fs. 285-286; 1894, vol. 155, N° 117, f. 71; *LI*, 17 de junio de 1883, 27 de mayo de 1886.

⁸² ANI 1887, vol. 94, N° 1750, f. 1455; mismo volumen, N° 1752, fs. 1457-1458.

⁸³ ANI 1896, vol. 184, N° 1784, fs. 1159-1160.

⁸⁴ ANI 1896, vol. 184, N° 1912, fs. 1233-1234.

⁸⁵ ANI 1896, vol. 184, N° 1948, fs. 1262-1263.

Una trayectoria menos espectacular, pero tal vez más sugerente de la actividad desarrollada por la colectividad italiana, fue la organización de una serie de industrias livianas de bienes de consumo, sector que terminó prácticamente monopolizado por empresarios de esa nacionalidad. Analizando la identidad de estos industriales, queda la impresión que en la mayoría de los casos se trataba de comerciantes que en algún momento decidieron fabricar por cuenta propia algunos de los artículos que antes expendían. Así por ejemplo, en 1876 Andrés Bianchi y Agustín Giuliani, ambos zapateros de oficio, se asociaron para instalar un taller que no sólo reparara calzado sino que también lo fabricara.⁸⁶ Esta situación se dio con bastante más frecuencia en el ramo de bebidas gaseosas y licores, donde no escaseaban los establecimientos que a la vez elaboraban sus productos y los comercializaban. En un caso registrado en 1877, el comerciante Domingo Barbagelata transfería a Luis Capurro y Numa Rodoni sus derechos sobre la fabricación de limonada y licores, actividad que realizaba en una dependencia anexa al establecimiento propiamente comercial.⁸⁷ Luis Capurro permaneció como fabricante de “soda y refrescos” a lo largo de toda la década siguiente, a veces solo, otras asociado con empresarios de su misma nacionalidad. En 1882 incluso aparece remitiendo muestras de “jarabes surtidos” de su producción a la Exposición Continental celebrada ese año en Buenos Aires.⁸⁸ En 1888, sin embargo, constituía la sociedad comercial “Wood y Capurro”, cuya finalidad era la venta de “bienes de todas especies”, y que figura en las matrículas de patentes como propietaria de un depósito de licores.⁸⁹ Una experiencia análoga es la de Alfredo Savi, registrado en 1883 como fabricante de soda y refrescos, pero en otros años solamente como comerciante en licores o dueño de un café-pastería. En 1893 constituyó una sociedad con Enrique Pellerano y Edmundo Pieroni para la compraventa de vinos y licores, la que sin embargo remitía algunos años después licores de su propia fabricación (“Bitter Chile: licor tónico digestivo”) a una exposición internacional realizada en Turín.⁹⁰ No muy distinta fue la historia de otros fabricantes locales de licores, sodas y refrescos, entre quienes siempre predominaron aplastantemente los de origen italiano: Juan Bautista Frugone, Juan Bautista Rembadi, Castruccio y Compañía, Carboni y Compañía, y otros. Como se trataba de una actividad que por lo general requería índices muy bajos de capitalización, su acceso resultaba bastante fácil para quien ya estaba ligado comercialmente al ramo.

Algo similar sucedía respecto de la fabricación de artículos como el hielo o el jabón. En el primero, lo común era que los dueños de heladerías se dedicasen complementariamente a la producción industrial de hielo, un elemento que por las con-

⁸⁶ ANI 1876, vol. 26, N° 266, fs. 590-591.

⁸⁷ ANI 1877, vol. 36, N° 93, fs. 192-193.

⁸⁸ “Matrícula de patentes...”, 1881-1889; VM, 9 de febrero de 1882.

⁸⁹ ANI 1888, vol. 100, N° 1348, f. 991; “Matrícula de patentes”, 1891.

⁹⁰ “Matrícula de patentes”; ANI 1896, vol. 182, N° 275, fs. 179-180; vol. 183, N° 1021, fs. 667-668; 1898, vol. 208, N° 54, fs. 41-42; LI, 12 de octubre de 1882; ET, 1° de mayo de 1898.

diciones climáticas de la región la prensa calificó más de alguna vez como “tan indispensable como el pan”.⁹¹ Al parecer, también se lo empleaba para aliviar ciertas enfermedades. Durante toda la década de 1880, este rubro estuvo prácticamente acaparado por el industrial alemán Pablo Moebis, a quien se acusaba de aprovechar tal circunstancia para cobrar precios “monopólicos”.⁹² La patente cancelada por Moebis superaba notoriamente a las demás industrias livianas que funcionaban en la localidad, sugiriendo un establecimiento de mayores dimensiones. Así por ejemplo, en 1888 debió pagar la suma semestral de 150 pesos, 50% más que la fábrica más cercana, y que de acuerdo a la modalidad de cálculo tributario suponía un beneficio anual neto de al menos 7500 pesos.⁹³ Al comenzar la década siguiente, sin embargo, su negocio se vio eclipsado por la firma italiana de Capella Hermanos, dueños además de un salón de recreo, establecimiento de baños, dulcería y confitería. El capital total de esta firma ascendía a más de 80 mil pesos, lo que la ubicaba en una categoría bastante importante para su género. Sólo una parte de él, sin embargo, se destinaba a la fábrica de hielo propiamente tal, la que en todo caso estaba plenamente mecanizada y equipada con los implementos más modernos.⁹⁴ En lo que respecta a las fábricas de jabón, también sus propietarios solían combinar la producción con el comercio, y también eran en su inmensa mayoría italianos.⁹⁵

Siempre en el área de la producción de bienes de consumo, en Tarapacá también se desarrolló la fabricación de fideos, siendo todos los involucrados, como era previsible, italianos. Un primer establecimiento de este género, conocido localmente como *La Esperanza*, ya funcionaba antes de la Guerra del Pacífico bajo la propiedad de Bianchi y Sachetti.⁹⁶ En 1880, este último hizo abandono de la sociedad, pasando sus derechos a Juan Cauvi, anteriormente empresario hotelero. En ese momento los bienes de la sociedad fueron tasados en 16.545 pesos, lo que sugiere un establecimiento de tamaño más bien modesto.⁹⁷ Dos años después, sin embargo, al reorganizarse bajo la razón social de Cauvi y Compañía, su capital se fijó en 30 mil pesos, valor total estimado considerando “la fábrica de fideos con todos sus edificios, maquinaria, útiles, etc.”.⁹⁸ Por ese mismo tiempo se enviaron a la Feria Continental de Buenos Aires “muestras de fideos surtidos”, como también lo habían hecho Juan Bautista Frugone y Luis Capurro con sus sodas y jarabes.⁹⁹ A la muerte de Juan Cauvi en

⁹¹ *VM*, 19 de enero de 1884.

⁹² *Ibid.*

⁹³ “Matrícula de patentes...”, 1888.

⁹⁴ *LI*, 8 y 20 de agosto, 7 y 14 de diciembre de 1889; *ANI* 1894, vol. 156, N° 1547, f. 977; 1899, vol. 217, N° 140, fs. 101-103.

⁹⁵ Los fabricantes de jabón registrados en diversos años fueron José Radice, Agustín Bacigaluppi, Luis Solimano, Agustín Polastrí, Alberto Arimani, y Mina y Compañía, todos italianos; “Matrícula de patentes”.

⁹⁶ *ANI* 1880, vol. 52, N° 356, f. 288; mismo volumen, N° 417, fs. 323-324.

⁹⁷ *ANI* 1880, vol. 52, N° 417, fs. 323-324.

⁹⁸ *ANI* 1882, vol. 66, N° 51, fs. 35-38.

⁹⁹ *VM*, 9 de febrero de 1882.

1886, el propio Luis Capurro se asoció con otro italiano, Juan Pellerano, para adquirir a la viuda de Cauvi la fábrica *La Esperanza*, pero su presencia en la sociedad apenas duró unos meses.¹⁰⁰ Convertido en único dueño, algunos años después Juan Pellerano creó otra sociedad para ampliar su giro industrial hacia el embotellamiento de vinos, cervezas y aguas gaseosas.¹⁰¹ Al mismo tiempo, sin embargo, mantuvo una actividad comercial más tradicional en el rubro de abarrotes y mercaderías diversas, asociado primero con su hermano Francisco, y luego con su compatriota Atilio Oxilia.¹⁰²

La correlación entre comercio y pequeña industria también se expresó en una segunda fábrica de fideos creada en 1889 por Ubaldo Belvederesi, Vitaliano Pergolesi y Esteban Acerbo. Concebido como competencia del hasta entonces monopolístico establecimiento *La Esperanza*, este plantel parece haber tenido bastante éxito, llegando incluso a embarcar su producto hacia otros puertos de la costa. Para poder instalarlo, sin embargo, Belvederesi y Compañía debieron endeudarse en 15 mil pesos con la poderosa casa de Zanelli Hermanos, extendiendo también ésta un seguro contra incendios por la suma de 25 mil pesos.¹⁰³ Capital mercantil y capital industrial volvían a darse la mano bajo el alero empresarial italiano.

Los casos analizados constituyen una muestra prácticamente exhaustiva de la industria de bienes de consumo que funcionó en Tarapacá durante el período en estudio. De ella se desprende, casi a simple vista, que ese plano de la economía local fue un virtual monopolio de la comunidad italiana. Sin embargo, esto no se hizo extensivo a otras ramas de la producción industrial, donde la presencia italiana fue más bien inexistente. Por aquellos años operaban en Iquique varias herrerías mecánicas y dos grandes fundiciones de hierro y bronce para la fabricación de repuestos, partes y equipo industrial en general. Existían asimismo tres establecimientos industriales para el beneficio de minerales de plata, todos ellos dotados de moderna maquinaria y capacitados para producir a gran escala. En ellos, sin embargo, propietarios y personal técnico eran casi todos de nacionalidad inglesa, con una representación bastante menor de alemanes, norteamericanos y uno que otro chileno. Los italianos, en cambio, parecen no haber siquiera intentado explorar ese sector, cuyos requerimientos de capital eran, a semejanza de la industria salitrera, mucho mayores.¹⁰⁴

La única excepción a lo indicado fue una refinería de minerales de bórax y fábrica de ácido bórico implantada en el distrito desértico de Pintados, al interior de Iqui-

¹⁰⁰ ANI 1886, vol. 86, N° 1431, fs. 1275-1276; *LI*, 8 de agosto de 1886.

¹⁰¹ ANI 1892, vol. 141, N° 1144, fs. 791-792.

¹⁰² ANI 1888, vol. 101, N° 2153, fs. 1586-1587; 1892, vol. 140, N° 984, fs. 693-694.

¹⁰³ ANI 1891, vol. 122, N° 1638, fs. 1165-1166; *El Nacional* (Iquique), en adelante *EN*, 21 de junio de 1892.

¹⁰⁴ Para una visión general del crecimiento industrial en las provincias salitreras ver Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado* (Santiago: 1990), capítulo 4.

que, por el empresario italiano José Trisotti. Instalado inicialmente con una fábrica más pequeña en Iquique, en 1886 Trisotti constituyó una sociedad con Ramón Fernández para elaborar pertenencias de borato de cal, sulfato de aluminio y otras sustancias minerales, decidiendo construir en pleno desierto un establecimiento mejor equipado. El capital total aportado se estimaba a esas alturas en unos 60 mil pesos, pero en él se incluía el avalúo de los depósitos, terrenos y otros factores ajenos a la fábrica propiamente tal.¹⁰⁵ Una vez terminada, ésta última se dedicó fundamentalmente a la producción de ácido bórico y bórax cristalizado, destinados a la industria química europea, principalmente alemana.¹⁰⁶ A mediados de la década siguiente, el establecimiento había pasado a manos de Cristóbal Zanelli, antiguo comerciante y empresario hotelero iquiqueño sin relación aparente con Zanelli Hermanos, aunque también italiano. Para 1900, Zanelli incluso había fijado su domicilio en Pintados, sugiriendo que la “fábrica de bórax” se había convertido en su principal interés.¹⁰⁷ Así, en este caso al menos podría hablarse de una vinculación del empresariado italiano con la “industria pesada” de la región. Se trataba, sin embargo, de una situación aislada, que en nada invalida la apreciación general.

En relación a esta última, todos los antecedentes revisados confirman que fueron el comercio y la pequeña industria, actividades estrechamente vinculadas entre sí y con exigencias financieras de baja intensidad, las que mejor se acomodaron a las posibilidades del inmigrante italiano. Cuando la ciudad de Turín decidió conmemorar el cincuentenario de la proclamación del Estatuto de Unificación de 1848 con una feria internacional dirigida a “los industriales italianos de todo el globo”, la colonia tarapaqueña organizó su representación fundamentalmente en torno a los rubros de “abarrotes”, encabezado por Santiago Scaglia y Valentín Schiavetti, y “tejidos y artículos de tienda”, encabezado por Domingo Sacco, Juan Boero, Emilio Bontá, J. Magnasco y J. Canessa. Esta priorización revela que incluso para ellos estaba bastante claro dónde se concentraba la presencia italiana. Es verdad que también se pidió la concurrencia de Alfonso Vallebona con un muestrario de minerales, y de Pedro Perfetti con muestras de salitre y yodo. Ella confirmaba que no todos los italianos de Tarapacá se inscribían dentro del número de abarroteros y tenderos que predominaban en las demás comisiones.¹⁰⁸ En términos generales, sin embargo, estos últimos eran mucho más representativos de una presencia económica que siempre hegemonizó el pequeño y mediano comercio.

¹⁰⁵ *VM*, 13 de octubre de 1886; *ANI* 1888, vol. 100, N°991, fs. 721-723.

¹⁰⁶ Chile, Intendencia de Tarapacá, Memoria (1888), ps. 12-13; *AIT*, vols. 116-122, Intendente a Administrador de Aduanas, 20 de octubre de 1888; vol. 124, Intendente a Subdelegado de La Noria (telegrama), 12 de septiembre de 1888; vol. 125, Intendente a Jefe de la Oficina Central de Estadística, 19 de noviembre de 1888.

¹⁰⁷ *ANI* 1895, vol. 174, N° 259, f. 140; vol. 175, N° 2008, f. 985; 1900, vol. 235, N° 269, fs. 215-216; mismo volumen, N° 600, fs. 446-447.

¹⁰⁸ *ET*, 12 de enero y 1° de mayo de 1898.

UNA PRESENCIA EUROPEA DIFERENTE

Las provincias salitreras no fueron un territorio ignorado por la inmigración italiana. Aunque sin la masividad del flujo experimentado por las costas atlánticas, el polo de crecimiento salitrero atrajo a algunos centenares de italianos, y un número bastante menor de italianas, a la provincia de Tarapacá. Al comienzo, algunos se atrevieron a probar suerte en la industria salitrera misma, pero a medida que ésta fue exigiendo mayores inversiones, sólo una minoría optó por seguir adelante. En definitiva, fueron el comercio, los servicios y la pequeña industria los que acogieron al grueso de esta inmigración, y los que definieron su perfil socioeconómico fundamental.

Comparada con otras colectividades europeas residentes, la italiana no se situó en los rangos más elevados de la actividad económica, ni fue la pieza clave en el engranaje productivo regional. Numéricamente, sin embargo, fue siempre una de las más importantes, y también de las que más armónicamente se insertaron en la convivencia local. Esto último pudo estar relacionado con su mayor cercanía cultural e idiomática respecto del medio peruano o chileno, o con el dinamismo que siempre demostró en términos de sociabilidad y compromiso comunitario. En otro estudio se ha profundizado más en la fuerte presencia italiana en la vida cultural tarapaqueña, así como en el servicio social, la organizaciones de ayuda pública e incluso el mutualismo artesanal.¹⁰⁹ Esta inclinación, asociada a una posición económica que se alejaba de aquellos espacios donde la confrontación social era más aguda, pudo haber facilitado su asimilación y convivencia. De alguna manera, la experiencia italiana demostraba que no toda inmigración europea era causal intrínseca de conflicto, ni contribución obligada a los temores de “desnacionalización” que tan de cerca escoltaron a la historia del salitre.

En términos estrictamente sociales o económicos, la experiencia de Tarapacá no se aleja mucho de lo que parece haber sido la norma en la inserción de los inmigrantes italianos en Chile. En otras partes también fueron el pequeño y mediano comercio, la industria y los servicios los principales vehículos de integración económica. y tampoco parece haber sido muy difícil la convivencia con el medio nacional. En ese sentido, el caso estudiado sólo vendría a confirmar una tendencia ya más o menos definida. Lo que sí distingue a Tarapacá de otros casos es el contexto: un espacio donde las colectividades europeas ejercieron un poder social mucho mayor, y donde debieron relacionarse, a menudo conflictivamente, con una clase trabajadora mayo-

¹⁰⁹ Se trata de una versión más extensa de este artículo, por aparecer en una publicación de la Universidad Católica de Valparaíso.

ritariamente “nativa” (peruana, boliviana y chilena), por fuerza determinaba una situación muy diferente, y mucho más delicada. Es aquí donde la imagen de la presencia italiana que surge del análisis precedente plantea algunas preguntas interesantes. Por una parte, ¿fue efectiva la apariencia de mayor armonía nacional que pareció darse entre la población “criolla” y los italianos, y de ser así, tiene ella algo que ver con el menor poder económico que éstos manejaron, y con las ocupaciones que desempeñaron? A este respecto, no debe olvidarse que entre los italianos de Tarapacá también hubo salitreros y grandes empleadores como José Trisotti o Zanelli Hermanos. En el balance, sin embargo, el estereotipo del capitalista europeo no parece haber tomado mucho de estos personajes, y sí de los alemanes o ingleses que hegemonizaron las grandes empresas comerciales, industriales y salitreras. Llegado el momento de las grandes definiciones ideológicas o políticas, la inmigración italiana parece haber quedado al margen de las polaridades más extremas. Su presencia no apareció como intrínsecamente “desnacionalizadora”.

Y sin embargo, esta investigación también demuestra que hubo sectores importantes de la vida económica tarapaqueña que sí devinieron en virtuales monopolios italianos, o en monopolios europeos con fuerte participación italiana. Así por ejemplo, gran parte de los pequeños y medianos establecimientos comerciales que no fueron propiedad de italianos lo fueron de “austro-húngaros”, franceses o españoles, con una presencia “criolla” casi inexistente. En general, y descontando el muy concurrido rubro de las fondas, bares y cantinas, no es exagerado afirmar que casi toda la actividad comercial e industrial, así como una buena parte de los servicios no profesionales, fueron copados en Tarapacá por grupos inmigrantes con un perfil similar al de los italianos. Tampoco esto fue una particularidad de los territorios salitreros, y ya ha sido constatado para otros puertos de importancia en el Chile decimonónico.¹¹⁰

A partir de allí, sin embargo, se configura un segundo tipo de “desnacionalización”, menos visible en su capacidad de generar polémica pero igualmente intrigante desde un punto de vista analítico. En un territorio de desarrollo relativamente tardío como Tarapacá, prácticamente todos, tanto empresarios como autoridades y trabajadores, eran, técnicamente hablando, inmigrantes, puesto que no habían nacido en la región. En consecuencia, llama la atención que incluso en aquellas iniciativas empresariales que no requerían de grandes inversiones iniciales, ni de contactos directos con Europa, la presencia “criolla” haya sido tan exigua. Cuando los testigos de la época denunciaban los peligros de implantación de “factorías extranjeras”, ordinariamente no se estaban refiriendo al almacén o al taller regentado por los italianos. Sin embargo, las palabras pronunciadas en 1889 por el Presidente Balmaceda durante una visita a Tarapacá, aunque referidas a la gran propiedad

¹¹⁰ El caso más estudiado es el de Valparaíso, especialmente en los trabajos de Eduardo Cavieres y Baldomero Estrada.

salitrera y ferroviaria, habrían sido igualmente apropiadas para el caso: “si el capital nacional es indolente o receloso, no debemos sorprendernos de que el capital extranjero llene con previsión e inteligencia el vacío que en el progreso de esta comarca hace la incuria de nuestros compatriotas”.¹¹¹ Al final de cuentas, en su propia órbita, la experiencia italiana era tan sintomática como los grandes “enclaves” contruidos por alemanes e ingleses. Ella demuestra que si Tarapacá en su conjunto no fue una factoría extranjera, su comercio, su minería y su industria estuvieron bastante cerca de serlo.

¹¹¹ Discurso pronunciado en Iquique el 7 de marzo de 1889, reproducido en *El Progreso* (Iquique), 9 de marzo de 1889.